

Orden postoccidental: Rusia y China, cuán lejos y cuán cerca

Marcelo Montes¹

1. RESUMEN

A partir de la guerra en Ucrania pero ya insinuándose desde antes de 2022, se abrió un fuerte debate académico tanto en la academia occidental pero también la euroasiática, respecto a la relación crecientemente vigorosa entre Beijing y Moscú. Si bien el núcleo de dicho vínculo es el cuestionamiento al unipolarismo norteamericano, podrían existir otras razones que expliquen la cercanía. Sin embargo, habría que indagar con mayor profundidad esa convergencia, dado que en las últimas décadas, chinos y rusos pasaron por etapas muy diferentes y hasta contrastantes: por ejemplo, en tiempos más ideologizados como en 1969, estuvieron a punto de ir a una guerra. Por ello, este “paper” intenta explorar la naturaleza de la relación pero buceando en la mirada de las corrientes identitarias, al menos, rusas: cómo se ve desde Moscú, a China, qué lugar ocupa, para liberales, eurasiáticos y putinistas, aquella civilización que asoma con rivalizar con Estados Unidos por la supremacía mundial y cómo se ve la propia Federación Rusa en dicha tríada. Un capítulo especial del análisis, lo cubrirá ciertamente la participación de ambos Estados en el BRICS.

Palabras clave: Rusia, China, Putin, Xi-Jinping, BRICS

2. INTRODUCCIÓN

Rusia y China fueron miembros originales del BRICS así como también comparten destinos comunes en otras organizaciones multilaterales y regionales, comerciales y de seguridad, como la Organización de Cooperación y Seguridad de Shanghai (OCS).

Claro, se trata de las dos potencias más poderosas y prominentes en Asia en términos de su tamaño, población, y poder militar, además de pertenecer a un mismo espacio geográfico continental, así sea ambiguamente definido – Eurasia –, Rusia y China comparten algunos aspectos comunes en el rechazo y/o la percepción de las humillaciones que han sufrido por parte de “Occidente” y que se encuentran, con matices diferenciales, en la base de sus respectivas discursividades geopolíticas (Serbín, 2019, p.53).

Pero sobre todo, a ambos los une, como nunca antes, la visión de un mundo multipolar, donde nadie pretenda ser hegemón único, como lo intentó ser Estados Unidos desde 1991, tras el fin de la URSS. De hecho, después del fin de la Guerra Fría, “Occidente” en general y los Estados Unidos en particular, han tendido a imponer un Orden Liberal Internacional (OLI). En este marco, sin embargo, las potencias emergentes que quedaron fuera de la comunidad atlántica, se vieron obligadas a incrementar sus niveles de cooperación, sin necesariamente orientarse a un enfrentamiento de sus relaciones con “Occidente” – con el que comparten el sistema – pero con el propósito de coordinar sus posiciones en torno a aquéllos aspectos de este orden mundial que no les resultaban aceptables o que no podían acomodar, dando lugar pro-

¹ mmontes79@hotmail.com - Universidad Nacional de Villa María; Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales; Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales

gresivamente al surgimiento de un potencial orden multipolar, en cuyo contexto debe ser ubicada la tendencia a un desarrollo de la cooperación entre Rusia y China, junto a una serie de factores más estrechamente vinculados con una dinámica regional euroasiática (Serbin, 2019, p.55) (Lukin, 2018b, p.32-33).

Hoy, esto es así, reconocido hasta por los propios enemigos de ambos. En el contexto de la guerra de Ucrania, “China es el salvavidas de Rusia. Suministra casi todas las importaciones clave para la maquinaria bélica rusa: microelectrónica para misiles, tanques y aviones; máquinas herramienta para la producción de municiones; y nitrocelulosa, un ingrediente explosivo esencial para los proyectiles de artillería” (OTAN, G-7).

Hay sobradas razones para pensar así pero de allí a suponer que nada los separa, hay un largo trecho. La ubicación geográfica, los recursos energéticos, el arsenal nuclear, la aspiración a mantenerse como una potencia mundial y un armamento relativamente moderno contribuyeron a que Rusia se mantuviera entre las prioridades de la política exterior de Beijing a lo que debe agregarse la disposición de Moscú de proveer de armamento tecnológicamente avanzado a su antiguo rival (Serbin, 2019, p.64) (Erdogan, 2018, p.944).

Como el propio Presidente chino Xi Jinping lo reconocía en su discurso en el Kremlin: “ Gracias a los esfuerzos conjuntos de ambas partes, el comercio entre China y Rusia superó los 190 mil millones de dólares en 2022, un 116% más que hace una década. China ha sido el mayor socio comercial de Rusia durante 13 años. Hemos asistido a un aumento constante de nuestras inversiones bilaterales. Nuestra cooperación en grandes proyectos en ámbitos como la energía, la aviación, el espacio y la conectividad avanza a buen ritmo. Nuestra colaboración en innovación científica y tecnológica, comercio electrónico transfronterizo y otras áreas emergentes está en auge. Nuestra cooperación a nivel subnacional también está creciendo. Todo ello ha aportado beneficios tangibles a los pueblos chino y ruso y ha proporcionado una fuerza motriz incesante para nuestro desarrollo y rejuvenecimiento respectivos” (Antonio, 2023).

Este capítulo intenta indagar acerca de la relación entre Moscú y Beijing a lo largo del tiempo. Reconozcamos primero, las fases históricas de dicho vínculo.

3. GENEALOGÍA DEL VÍNCULO SINORRUSO

Aunque antes de analizarlas, cabe realizar una gran salvedad. Ambas naciones comparten no encajar en el modelo de Estado-Nación trazado y promovido por “Occidente” en el proceso de establecimiento del sistema westphaliano, en tanto se asumen, con sus rasgos distintivos, con sus diferencias y en distintas etapas, más como modelos civilizatorios y en fases diferentes, como Imperios (Serbin, 2019, p.53).

Pero fundamentalmente, y más allá del conflicto que los separó, ambas naciones desplegaron sus propios procesos revolucionarios, en marcos históricos y conceptuales diferentes. En este plano, mientras que para los soviéticos, desde Eurasia y América Latina en un mundo multipolar, el reemplazo del capitalismo por el socialismo fue su prioridad principal –en cuyo marco el antiimperialismo proyectado en el antes denominado “Tercer Mundo” era importante en tanto fuera funcional al logro de esta prioridad–, para China –en función de una experiencia más directa con el imperialismo impuesto por “Occidente”, particularmente durante la “guerra del opio” –el antiimperialismo persistió como el foco y eje del proceso revolucionario y el socialismo fue visto como un instrumento para modificar el balance de poder a través del desarrollo y la autarquía.

Pese a que para ambos países la aspiración a la modernización y, eventualmente, a alcanzar y superar el desarrollo de los países occidentales, eran coincidentes, las estrategias para lograrlo fueron diferentes. Sin abundar en este debate, lo cierto es que las transformaciones respectivas en cada país – particularmente después de las reformas introducidas por Deng Xiaoping en China desde finales de la década del setenta, y de los cambios iniciados por la “Perestroika” en Rusia a finales de la década del noventa, siguieron derroteros económicos y políticos distintos y condujeron a modelos de desarrollo y a sistemas políticos diferentes

(Serbín, 2019, p.54).

Así, una primera etapa fácilmente reconocible en el siglo XX, en la postguerra, fue la convivencia nada fácil entre la herencia de la Revolución Bolchevique de corte marxista-leninista, representada por la Unión Soviética (URSS) y la República Popular China (RPC), de naturaleza ideológica maoísta. De cierta similitud ideológica, igualmente dogmáticas, ambas doctrinas poseían un enfrentamiento claro respecto a las proyecciones o trayectorias históricas de ambos procesos a la hora de sus vínculos con el poder transformador. La dirigencia de la URSS se autopercibía como moralmente superior a la china, teniendo en cuenta su resistencia al nazismo y posterior entrada a Berlín mientras que la “vanguardia” de Mao, había enfrentado demasiados obstáculos en su guerra civil contra el Kuomintang de Chiang-Khai-Shek, que luego sería arrinconado a la isla de Formosa (China Nacionalista o Taiwan).

Esos diferentes enfoques y praxis, no terminarían de chocar hasta militarmente. En 1969, en la extensísima frontera chino-soviética, habría severos enfrentamientos militares entre ambos Ejércitos, más exactamente en la isla de Zhibao. Tres años después, una humillada Estados Unidos por Vietnam, apoyada por la declinante alianza sino-soviética, lograría gracias a la jugada maestra geopolítica urdida por Kissinger y ejecutada por Nixon, realizaría una histórica visita a Pekín, para “dividir y reinar”: China aceptaría el convite americano y definitivamente se apartaría del camino de Moscú.

En dos décadas, China enterraría al maoísmo y el reformista Deng Xiao-Ping triunfaría sobre los conservadores y abriría el país a un capitalismo de dimensiones desconocidas, usando eufemísticamente el “socialismo de mercado”. La URSS en cambio vio morir a su Deng Xiao-Ping ruso, Yuri Andrópov, ex jefe de la siniestra KGB -por ende, ex jefe de Vladimir Putin-, por lo que no pudiendo plasmar una revolución tecnológica agrícola, se obstinó en “perfeccionar” el socialismo real no previendo que tal esfuerzo estaba condenado al fracaso. En 1989, mientras el régimen chino defendía a rajatabla, a fuerza de represión sanguiñaria en la Plaza de Tiananmen, su modelo escogido, que la llevaba a un crecimiento sin precedentes, la URSS de Gorbachov se embarcaba en un proceso sin retorno, directo hacia el colapso, el que finalmente se produciría en diciembre de 1991.

Hasta ese momento, las interpretaciones de cada uno de los actores acerca de este proceso anterior a 1992, fue algo diferente. Mientras que para China, fue entendido como una “humillación”, para Rusia, fue una ingrata sorpresa, habiendo logrado un ascenso inusitado y luego, una caída violenta.

La creación de un sistema internacional en torno a la existencia de Estados soberanos geográficamente diferenciados se produjo en una época en que China se encontraba en decadencia y las naciones europeas eran “potencias en ascenso”. La expansión europea fue traumática para China, iniciando lo que en la percepción china ha sido “el siglo de la vergüenza”, durante la cual su soberanía nacional fue puesta en duda y destruida y su antiguo sistema dinástico fue derrocado, arrojando al país a décadas sucesivas de sangrientas guerras civiles. Sin embargo, China resurgió de este período destructivo y humillante – en el cual durante mucho tiempo las potencias europeas impusieron su voluntad sobre los mandatarios chinos – , para más recientemente ocupar nuevamente un lugar importante –sino central– en los asuntos mundiales (Beeson & Li, 2014, p.2)

Badie se refiere a la “humillación” como un instrumento de los actores internacionales poderosos y una patología de las relaciones internacionales. “La humillación se ha convertido en la práctica común de las relaciones internacionales. Rebajar un Estado, ponerlo bajo tutela, apartarlo de los espacios de decisión, estigmatizar a sus dirigentes: todas ellas prácticas diplomáticas que se han terminado banalizando. Así se desarrolla una “Diplomacia de Grupo”, la del Consejo de Seguridad y la del G7, mientras que los Estados emergentes – India, Brasil, Turquía, Rusia – ven cómo se les niega toda capacidad real de iniciativa o son obligadas a adoptar estrategias inconvenientes y poco productivas. Badie busca las fuentes de la humillación; el crecimiento del revanchismo en el período de entre guerras y el proceso de descolonización mal realizado, la inadaptación de las viejas potencias y de sus diplomacias a un mundo cada vez más globalizado (Badie, 2016).

En 1992, los caminos se bifurcarían como nunca antes. Rusia se convertiría en un símil de “Occidente” mientras China seguía su camino, sin demasiada preocupación por el destino, atado o no a Washington.

En el caso ruso, todo parecía avanzar hacia una más estrecha vinculación y a una rápida incorporación a “Occidente” y a la comunidad atlántica, en tanto Rusia no dejaba de percibirse como “europea” más que asiática y el presidente Gorbachov se refería a la “Casa Común” entre Europa y Rusia.

Pronto, estas expectativas no sólo se vieron frustradas por el hecho de que Rusia fuera invitada a incorporarse a una comunidad atlántica “expandida” como un “socio menor” –lo que implicaba cambios significativos en su identidad histórica como potencia–, y no a un “Occidente” transformado y una Europa reconfigurada en la Postguerra Fría, con Rusia como un socio pleno (Sakwa, 2017, p.5).

La ingenuidad rusa tenía su justificación: desde Washington sobraba una retórica de colaboración que en la práctica implicaba un manifiesto incumplimiento de promesas, la exigencia de gestos unilaterales por parte de Rusia y un desdén por sus prioridades y preocupaciones (Taibo, 2017, p.59)².

Durante esos primeros años post URSS, los Estados Unidos y Europa subestimaron y tendieron a descalificar los esfuerzos de Rusia para expandir – o al menos mantener – su influencia política, económica y militar en el extranjero. Cuando hubo un intento mínimo por parte de Moscú de impulsar estos esfuerzos, “Occidente” los percibió como un legado de la Guerra Fría, principalmente confinados a la vecindad inmediata de Rusia, pero en gran parte ausentes o al menos ineficaces en otros lugares, y los asoció con una aspiración rusa a recomponer el espacio ocupado por la URSS.

Sin embargo, los efectos de la disolución de la Unión Soviética, los desafíos internos de Rusia en la etapa postsoviética y el deseo declarado de Moscú de integrarse a “Occidente” limitaron considerablemente, para el momento, el interés y la capacidad del Kremlin para proyectar su influencia a escala global y redujeron circunstancialmente el interés occidental y euroatlántico en la política exterior rusa y en su globalización (Stronski & Sokolsky, 2017, p.3).

Recién en 1996, tras casi tres décadas de mutua indiferencia y lejanía, el Canciller de Yeltsin, Yevgueny Primakov, hablaría de la necesidad de una política exterior pragmática y multivectorial para Rusia, ya alejada de una ingenua y fútil alianza con Washington, siendo uno de esos vectores, China como líder del mundo asiático³.

² Una de esas promesas no cumplidas fue la no expansión de la OTAN hacia el este de Alemania aunque la misma supervivencia de la organización podría haber sido objetada por la Rusia postsoviética, toda vez que el Pacto de Varsovia había sido eliminado, suponiendo que nadie había ganado la Guerra Fría, sino que, en cualquier caso, había sido un empate técnico entre ambas superpotencias o, Rusia, había ayudado a EEUU a enterrar a la URSS, como creía ingenuamente Yeltsin. Hoy, la guerra de Ucrania es la consecuencia lejana de aquellos malentendidos.

³ De alguna manera, la “Doctrina Primakov” que emerge en esa etapa intenta dar respuesta a esta situación al proponer una nueva priorización de los intereses de Rusia y al rechazar el rol de socio menor de los EEUU y de “Occidente”; al asomar el surgimiento de un mundo multipolar, de una política exterior multivectorial y de posiciones alternativas a las de los EEUU en la agenda global; al apuntar a una creciente integración de Rusia en el proceso de globalización y al esforzarse en consolidar la Comunidad de Estados Independientes (CEI) en aras de mantener unidos a los Estados herederos de la URSS (Decterev y Kurylev, 2017;129). Significativamente, muchos de estos lineamientos de la Doctrina Primakov prevalecen hasta la actualidad a pesar de que la coyuntura internacional y la situación interna de Rusia han cambiado. Asimismo, en esa etapa, se acentuó, se exacerbó y se profundizó, en el ámbito interno, el debate secular sobre la identidad geopolítica y civilizatoria rusa (Bost et al., 2015:9), en el cual un hilo conductor y una constante permanente ha sido la persistencia y expansión – bajo diferentes modalidades – del nacionalismo ruso, a través de las tres Presidencias que Rusia ha tenido desde 1991, hasta 1999 por Boris Yeltsin; entre 2000 y 2008, y nuevamente a partir del 2012 hasta la actualidad por Vladimir Putin, con un interregno entre 2008 y 2012 bajo la Presidencia de Dmitri Medvedev. El Kremlin ha decidido que si no puede controlar a los grupos y tendencias nacionalistas y patrióticas, por lo menos trata de asegurarse de estar liderándolos”, en el marco de una renovada intención de preservar y promover los intereses rusos, de definir una identidad distintiva y de reivindicar a Rusia como una potencia relevante en el sistema internacional (Taibo, 2017 :15) (McGregor, 2017 :335).

Años después, Putin como Presidente haría “primakovismo con recursos” -que en 1996 no contaba: ahora sí China era un socio estratégico vital y confiable para Rusia, lejos de los ideologismos del pasado. Es que Rusia se sentía fortalecida y altiva: de una potencia de menor nivel, sumisa a “Occidente”, pero crecientemente decepcionada y humillada, había pasado a ser una Rusia más altiva, que aún así, seguía creciendo sin oponerse a “Occidente” atravesando nuevas frustraciones en 2004 (“Revolución Naranja” en Ucrania) y 2008 (Guerra de Georgia). De a poco caería en la “Gran Eurasia”, porque la conveniencia de enfrentar al mundo unipolar, la hacía converger con China⁴.

Sin embargo, “Occidente” prevaleció como un constructo civilizatorio disuelto en una comunidad globalizada más amplia y continúa imponiendo la universalidad de sus propios valores, generando una clara divergencia con las ideas de gobernanza global, tanto de Rusia como eventualmente de China, en particular en torno al rol del Estado en el proceso de globalización, pero también en relación a las normas y reglas de juego del sistema (Sakwa, 2017, p. 279-280).

En un libro publicado por un connotado analista ruso, el autor repasa las diversas interpretaciones – particularmente escépticas cuando apuntan a un asimétrico “*partnership of convenience*” entre ambos países– desarrolladas en “Occidente” sobre este acercamiento, en especial por parte de la literatura especializada en inglés, señalando como, en general, se pierde de vista que este acercamiento es resultado de una creciente visión –marcadamente convergente y crítica– sobre el OLI y de la necesidad de desarrollar espacios de cooperación no necesariamente antioccidentales pero si no occidentales, en función de nuevos marcos normativos e institucionales (Lukin, 2018b) (Lo, 2017) (Stuenkel, 2016)⁵.

En todo caso, más allá de las coincidencias en torno a la caracterización del sistema internacional, la relación en esta etapa estaba basada desde el principio en una visión pragmática de ambas partes: Rusia necesitaba a China como inversor y como socio comercial, China necesitaba a Rusia por sus recursos energéticos y por su capacidad militar. A la vez, ambas coincidían en su preocupación por la estabilidad regional y las amenazas terroristas en Eurasia; por su cuestionamiento al orden internacional liberal y a la hegemonía de los EEUU, y por su aceptación – crítica – de la globalización (Serbin, 2019).

En todo caso, después de tres décadas de reformas exitosas que transformaron a China en la segunda economía mundial, la gran interrogante que se abre es si la modernización iniciada en 1978 por Deng Xiaoping no ha alcanzado su clímax y si sigue siendo sostenible sin que se implementen nuevos cambios. El

⁴ En el marco de la mirada de Rusia hacia el Este y la proyección de China hacia el Oeste, a partir de la visita del Presidente Yeltsin a Beijing en 1996, se inicia un proceso de acercamiento entre los dos países que progresivamente incluye el término “estratégico” como parte de una asociación entre ambas naciones. Este acercamiento se refuerza con la aparición en las declaraciones oficiales de ambas naciones de la idea de la emergencia de un mundo multipolar que se convierte en “*leit motiv*” de las relaciones entre Rusia y China y de ambas con el mundo, aunque con énfasis y matices diferentes. La culminación de este proceso de acercamiento se produce el 16 de julio de 2001 cuando se firma en Moscú el actualmente vigente “Tratado de Buena Vecindad, Amistad y Cooperación” entre los Presidentes Vladimir Putin y Jian Zeming y la realización de posteriores reuniones de los dos mandatarios en el marco de varios grupos multilaterales como los BRICS y la APEC (Decterev y Kurylev, 2017: 143).

⁵ Putin incorporó la idea de “Gran Eurasia” en un discurso en junio de 2016, refiriéndose al surgimiento de un “partenariado eurasiático” (*Eurasian partnership*), en principio atribuyendo y dando crédito por la idea al Presidente Nursultán Nazarbayev de Kazajistán, sugiriendo que la Unión Económica Eurasiática (UEEA) podría ser uno de los focos de integración del área. En la perspectiva rusa, sin embargo, después de la crisis de Ucrania y de las presiones y sanciones occidentales, la constitución de la UEEA era, en primer lugar, la manera de consolidar un espacio postsoviético bajo la influencia rusa para evitar una intromisión occidental. Aquel discurso de Putin de junio de 2016, fue posterior a la declaración sino-rusa firmada durante la visita del mismo a Beijing, subrayando la importancia asignada por ambas partes a un acuerdo entre los dos países en torno a la articulación entre la configuración de la UEEA y la materialización del OBOR/BRI y llamando a la creación de una “*comprehensive Eurasian partnership based on the principles of openness, transparency, and mutual interests, and including the possible involvement of EAEU, SCO and ASEAN member countries*” (Lukin, 2018:184). Posteriormente se desarrolló un estudio conjunto entre los dos países que serviría de base a esta asociación y a mediados de mayo de 2017, Putin participó como uno de los principales invitados al Primer Foro de Cooperación de la BRI en Beijing y posteriormente, en abril de 2019, en el Segundo Foro, reiterando en ambos su pleno apoyo a la iniciativa (Serbin, 2019).

Presidente Xi Jinping, elegido en 2012, pese a los desafíos que le impone una economía que se ralentiza en su crecimiento sostenido, ha roto con la recomendación del Presidente Deng de mantener un perfil bajo en política exterior para avanzar en la modernización del país, y ha actuado en forma crecientemente proactiva en el ámbito internacional, creando instituciones, lanzando iniciativas como OBOR/BRI, reclamando islas y territorios, presionando a su vecinos, proyectando sus inversiones e intercambios comerciales a diversos ámbitos geográficos y enviando tropas a regiones en disputa (Serbin, 2019, p. 56) (Blackwill & Campbell, 2016, pp. 3-4).

En este marco, las tensiones con los Estados Unidos y sus aliados en el Mar del Sur de la China y en el Indo-Pacífico en general, convierten a la llamada “Eurasia” en un área de interés prioritario para la seguridad de China, en tanto gran parte del comercio que da impulso a su desarrollo recurre a las vías marítimas que atraviesan una zona que pone en contacto con el exterior a la región más industrializada y urbanizada de la Franja Este del territorio chino.

Por otra parte, la necesidad de desarrollar sus provincias del Oeste, de proyectar su comercio hacia Europa y de prevenir la posibilidad de turbulencias étnicas en la provincia de Sinkiang, obliga a China a mirar hacia la parte continental euroasiática e impulsar una mayor conectividad y más vías de transporte en esa región, contrabalanceando las amenazas a su seguridad y su capacidad de proyección hacia el exterior, en el marco de un “*pivot* hacia el Oeste” que, desde sus inicios, se articula con el lanzamiento de la BRI. Entonces, la consecuente proyección euroasiática impone necesariamente algún nexo con Rusia y con Asia Central. No obstante, es importante tener en cuenta que la proyección e influencia de China a nivel de diversas regiones se articula en un proyecto más amplio – de proyección global – que de acuerdo a Deng Xiaoping “espera por su tiempo” (Serbin, 2019 :57)⁶.

En este contexto, el “*pivot* hacia Asia o hacia el Este” de Rusia fue oficialmente anunciado en un discurso de Putin del 12 de diciembre de 2012, con énfasis en el desarrollo de Siberia y el Lejano Oriente ruso y en la convergencia con algunos estados más prominentes de la región asiática. El desarrollo del “*pivot* hacia Asia” es un fenómeno complejo de la Rusia postsoviética en su intento tomar distancia de una potencial integración en el sistema euroatlántico para reemplazarla por una reorientación integral hacia Asia y la priorización de sus vínculos con el “no-Occidente” (Serbin, 2019)

En este sentido, el “*pivot* hacia el Asia” de Rusia debe ser entendido en un sentido más amplio que el de un “*pivot* energético hacia China” en su intento de redireccionar sus ventas de gas e hidrocarburos, y debe ser visto como parte de una gran estrategia que va más allá de las reacciones inmediatas a las sanciones europeas impuestas durante la crisis de Ucrania en 2014, y que es un componente crucial de una visión más amplia de la multipolaridad tanto a nivel regional como global (Serbin, 2019).

Desde un punto de vista operacional, el *pivot* consiste en dos aspectos interrelacionados – el desarrollo del Lejano Oriente ruso y de Siberia, por un lado, y el fortalecimiento de la cooperación con los países del Asia Oriental, por otro (Korolev, 2016, p. 2).

El *pivot* no está disociado, por otra parte, del hecho de que Rusia comenzó a desarrollar en su entorno una red cada vez más densa que representaba el embrión de un orden mundial post-occidental y que cuestionaba las ambiciones hegemónicas de un OLI liderado por los EEUU sin cuestionar los principios institucionalizados del sistema internacional. El objetivo de esta estrategia ha sido impulsar la multipolaridad y las

⁶ Sin embargo, más allá de la proyección china en diversas regiones – incluida Asia Central y el conjunto de Eurasia continental – y de las limitaciones que puedan surgir en su crecimiento económico, bajo la Presidencia de Xi Jinping es altamente probable que – más allá de las tensiones comerciales con los Estados Unidos – la resistencia a los valores y a la cultura occidental se intensifique (Blackwill & Campbell, 2016:27), así sea en una modalidad implícita y poco visibilizada hacia el exterior. De hecho, pese al fuerte impulso proactivo que le ha imprimido el presidente Xi, la diplomacia china tiende, en general, a seguir mostrándose cautelosa y altamente pragmática, aunque desarrolle una narrativa fuertemente sino-céntrica (Zeng, 2019).

relaciones internacionales pluralistas, asegurando a la vez su influencia en su entorno inmediato, particularmente entre las repúblicas del Asia Central, y alejando, simultáneamente, los conflictos potenciales que pudieran desencadenarse en sus fronteras⁷.

En una veta similar en torno a su percepción de los cambios del sistema internacional, China ha desarrollado una creciente proyección hacia el Oeste y hacia las repúblicas del Asia Central, tanto para constituir un ámbito más propenso y eventualmente menos conflictivo para su proyección económica y su búsqueda de accesos a nuevos mercados y, especialmente, a los mercados europeos, como para contrabalancear la carga estratégica que le impone su proyección en el Asia-Pacífico. El equivalente chino del “*pivot* hacia el Este” ruso ha sido el “*pivot* hacia el Oeste” chino, articulado en el lanzamiento del OBOR/BRI anunciado por el presidente Xi en 2013 en Kazajstán en función de redireccionar las rutas comerciales marítimas que impusieron una dominación occidental en el mundo, utilizando las rutas terrestres en Eurasia, a través de una política exterior más proactiva que las que desarrollaron sus predecesores y con aspiraciones a una proyección global (Serbin, 2019).

No es casual, en este contexto, que la sintonía entre China y Rusia se desarrolla con mayor intensidad a partir del inicio del tercer mandato presidencial de Putin en 2012 y de la elección de Xi Jinping en ese mismo año. En este sentido la relación entre los dos mandatarios es un factor relevante en el acelerado proceso de acercamiento entre ambas naciones, aunque algunos analistas chinos no dudan en señalar que la decisión de China de profundizar las relaciones con Rusia no cambiará con las elecciones en este país, ya que ambas naciones continuarán desarrollando y consolidando su asociación estratégica⁸.

En 2010 se firma un acuerdo de provisión de petróleo y gas de Rusia a China que marca una creciente interrelación económica, que define a futuro un ámbito de una más intensa y amplia cooperación económica y política, con un importante componente geopolítico. Desde 2005 a 2016, las empresas chinas y rusas firmaron sucesivos acuerdos en relación a la provisión de gas y de petróleo, en función de una creciente demanda china (Decterev y Kurylev, 2017, pp. 143-144).

Una nueva etapa se abriría a partir de 2014. El “*Euromaidán*” en Kiev (Ucrania) anticipaba un nuevo conflicto de seguridad para Rusia en su esfera de influencia. Preanunciaba tensiones parecidas con China en áreas sensibles para su geopolítica, como Hong Kong y Taiwan. Estados Unidos empezaba a tomarse la rivalidad con ambos en serio o, al menos quedaban al descubierto por fin, sus viejas intenciones. Claramente, el unipolarismo no sería aceptado por chinos ni por rusos.

Hacia 2017, a partir de un acuerdo firmado en 2013, Rusia se convirtió en principal proveedor de crudo de China; en 2018 se firmó un importante acuerdo entre Rosneft y la Corporación Nacional China de Petróleo (CNPC) y se inició la construcción de un oleoducto trans-siberiano para el abastecimiento de China.

⁷ En este proceso, los países del Asia Central se convirtieron en un ámbito de particular relevancia estratégica para ambas naciones, tanto en relación a la cooperación energética, armamentística y económica, como por su importancia estratégica en torno al balance de poder en la región. Consecuentemente, tanto Moscú como Beijing buscaron incrementar su proyección en la región – Rusia en función de consolidar su influencia en un espacio estratégicamente prioritario heredado de la URSS y de consolidar su proyección hacia Asia en busca de contrabalancear los déficits en su relación con “Occidente” y especialmente con Europa, y China en función de percibir el área como un espacio de expansión económica con menor potencial de conflicto que el Asia-Pacífico y, donde la influencia estratégica de los EEUU persiste y donde el “QUAD” Indo-Pacífico tiene la expresa intención de contener y a contrarrestar la influencia y expansión de Beijing.

⁸ Casi en simultáneo al anuncio ruso del “*pivote hacia Asia*”, el 29 de noviembre de 2012, el Presidente Xi Jinping anunció y esbozó su “*Sueño Chino*”, como la idea que resumía una visión estratégica de la prometida modernización de China a concretarse en 2049, a cien años de la creación de la República Popular China. Para Xi, el concepto implicaba principalmente la idea de “una gran revitalización (rejuvenecimiento) de la sociedad china” (Sakwa, 2017:288), basado en los significativos alcances de su proceso de desarrollo y de la modernización de su economía. En este marco, se convirtió en un interlocutor ideal de Putin: la ruptura progresiva con el sistema atlántico contribuyó a acercar a ambos países en una creciente “*entente*” fundada “*on mutual empathy and geopolitical convergence based on overlapping worldviews and a joint resentment of U.S. global dominance*” (Trenin, 2016b:66).

De hecho, desde hace tres años, Rusia se mantiene como el principal proveedor de crudo para China, por delante de Arabia Saudita y de Angola, estimándose que en 2019 se convertirá asimismo en uno de sus principales proveedores de gas. Similares avances se han producido con el abastecimiento de gas ruso a China, dando lugar a una creciente cooperación en el área energética – crucial, desde un punto de vista geopolítico, para el acercamiento entre ambas naciones (Serbin, 2019, p. 63) (Erdogan, 2018, p. 945) (Kyzy, 2019, p. 7).

Como uno de los países de mayor exportación de recursos energéticos Rusia apuntó – particularmente a raíz de las sanciones occidentales – a diversificar sus destinos de exportación y focalizarse en el desarrollo de diversos mecanismos de cooperación energética, mientras que China – el principal importador de estos recursos en Asia-Pacífico y en el mundo en función de su proceso de desarrollo –, se convirtió en un socio promisorio para la implementación de esta diversificación y el desarrollo de ambiciosos proyectos en este campo (Nezhnikova, Papelniuk & Gorokhova, 2018).

De hecho, la cooperación y complementación entre los dos países en el área energética y económica les ayudó a desarrollar posiciones conjuntas en relación a otros temas no vinculados con la energía y facilitar una interacción más profunda a largo plazo, al punto que la cooperación energética ha ocupado crecientemente una posición central en el alineamiento de las estrategias de Moscú y Beijing en el marco de los cambios y de la evolución del entorno geopolítico, ayudándoles a superar los desacuerdos existentes en otras áreas y explorar nuevos ámbitos de cooperación. Simultáneamente, China devino progresivamente en el mayor cliente para la venta de armamento ruso al punto de transformarse para 2017 en el mayor destino de estas exportaciones, pese a la reticencia inicial (Yilmaz & Daksueva, 2017).

De hecho, en la reunión del Foro Económico Internacional de San Petersburgo, realizado en junio de 2019, al que asistió el presidente Xi Jinping, el Ministro de Desarrollo Económico de Rusia anunció que el comercio bilateral entre Rusia y China que alcanzó un récord de 100.00 millones de dólares en 2018, superaría en los próximos años un volumen de 200.000 millones de dólares.

4. EL DEBATE IDENTITARIO

Desde el punto de vista identitario, analizándolo desde Rusia, las tres identidades presentes en dicho Estado, observaban la relación con China desde perspectivas muy diferentes.

Liberales atlanticistas veían como un “juego de suma cero”, la relación Moscú-Beijing. Rusia era, es y será parte de la civilización occidental porque es sencillamente, Europa. No tiene ninguna razón para pensar en aliarse con China. Su pasado y destino cristiano la aleja de Beijing. Es más factible razonar en términos de una convergencia con Estados Unidos. Hoy, académicos como Dmitri Trenin consideran preocupante que Rusia, producto de la guerra con Ucrania, se haya desoccidentalizado para caer acriticamente en brazos de China.

Los eurasianistas en cambio, valoran y justifican la relación con Beijing. Tal alianza es deseable no sólo por el bien del mundo sino por razones culturales y valorativas. El “Eje del Mal” es “Occidente”. A lo Duguin, todo bloque antihegemónico liderado por Moscú y Beijing es bienvenido. Sería necesaria tal vez, hasta una guerra mundial, donde China y Rusia junto al Islam, India, Africa y América Latina, entierren al “decadente Occidente”, incluso usando armas nucleares. Definitivamente, el mundo espiritual triunfaría sobre el material.

En realidad, en este marco, es indudable que en los años más recientes la convergencia y la cooperación entre ambas naciones se ha acentuado, en la misma medida que la formulación de las respectivas identidades nacionales y su proyección internacional han ido reformulándose. Sin embargo, hace un lustro, un autor planteaba que el pensamiento chino está basado en una visión que divide al mundo entre “Occi-

dente” y “Oriente”, mientras que Rusia es conducida por el deseo eurasianista de convertirse en una “importante tercera civilización” o, por lo menos, en una potencia relevante con capacidad de incidencia en el sistema internacional (Rozman, 2014, p. 270).

El “Sueño Chino” es, en este sentido, parte de una visión que, en el caso chino, se deslinda de “Occidente”, mientras que la percepción rusa se basa en una visión de su misión civilizatoria, que no se desliga de su componente europeo. Ambas percepciones pueden generar tensiones a nivel regional, pero convergen en la diferenciación y el deslinde con “Occidente” a nivel global. Pero como afirma Sakwa, la apelación de China al “espíritu de Shanghái” de cooperación y de creación de situaciones win-win en la construcción de la Gran Eurasia ayuda a que las potenciales y, eventualmente, irreductibles diferencias, especialmente a nivel regional, sean tratadas en el marco del diálogo más que de una confrontación absoluta, por lo menos en el corto y mediano plazo (Serbin, 2019, p. 74) (Sakwa, 2017, p. 299).

Por otra parte, como vimos, más allá del debate entre los analistas y los intelectuales rusos sobre la identidad nacional, el eurasianismo y la eventual misión civilizatoria de Rusia, lo que ha prevalecido en la política exterior rusa a partir de 2012, es un enfoque pragmático sobre la integración eurasiática en función de los intereses del Kremlin. En esta visión se reafirma el papel de liderazgo de Rusia, pero no necesariamente esta afirmación viene acompañada de una “gran visión” sobre su misión civilizadora. Este es un punto importante a destacar en tanto marca una clara diferencia entre el realismo y el pragmatismo de Putin y las ambiciosas cosmovisiones acerca del papel de Rusia en el mundo al estilo “eurasianista duro” de Duguin y de Prokhanov (Yilmaz & Changming, 2018).

Respecto al BRICS, ya dije por qué está China allí y ahora es el turno de Rusia. A diferencia de Beijing, que enfatiza vincular al bloque con sus iniciativas como el BRI más otras de infraestructura y financieras de nivel global, Moscú cree en una “integración de integraciones” que incluye a todos los miembros de los bloques de integración regional liderados por cada uno de los Estados de BRICS al círculo de “BRICS+”. Desde este enfoque, los respectivos espacios de integración regional se van paulatinamente consolidando hasta convertirse en la fuerza motriz de un nuevo orden “regiopolar” cuyos miembros desafían el actual orden liberal internacional, alentando un mundo basado en el pluralismo y el policentrismo (Arapova-Lissovolik, 2021, p. 195)⁹.

Como se ve, la mirada putinista es menos ambiciosa y extremista que las dos identidades anteriores aunque se nutra alternativamente de ambos enfoques. Ninguna jugada geopolítica en un sentido absoluto u otro, es recomendable. Hay que actuar en cada situación de manera diferente y valorar cuándo está en juego el interés nacional ruso. A veces, convendrá estar cerca de “Occidente”, otras, acentuar el perfil eurasianista -como aquí y ahora-. En ese contexto, se explica la cercanía con China es por definición, conveniente, táctica y quizás, hasta transitoria -no lo sabemos-.

Del lado chino, todo es más ideológico, como debe ser tal en un régimen que aún se precia de tal. Es paradójico que la reivindicación de Marx venga hoy, no de parte de los rusos sino de los chinos. Según el Profesor (rusólogo) Leon Aron, Xi-Jinping cree que la alianza estratégica sinorrusa es el motor y está del “lado correcto” de la historia. “El materialismo histórico es clave para el “carácter práctico” del marxismo, con el que el partido “se arma”. La teoría marxista de la historia, ha subrayado el líder comunista chino, citando a Lenin, que a su vez citaba a Engels, “no es un dogma rígido” sino una “guía para la acción”.

⁹ El BRICS Plus propuesto por el gobierno de Rusia incluye miembros de cinco bloques de integración regional: la UEEA, el MERCOSUR, SADC/SACU, SAARC y ASEAN + China. Se contemplan así, cinco modalidades principales de cooperación entre los países *BRICS Plus*: 1. la integración comercial y de inversiones, 2. la cooperación en el marco de organizaciones internacionales, incluyendo especialmente las instituciones de Bretton Woods, 3. la cooperación entre Bancos de Desarrollo, 4. el uso de monedas y sistemas de pagos nacionales, 5. la cooperación para el establecimiento de monedas de reserva (Lissovolik, 2017).

“Esconde tu fuerza y espera tu momento”, decretó en los años ochenta Deng Xiao- Ping, otro marxista devoto y padre de la reforma económica posterior a Mao. El PBI de China era entonces inferior a 350.000 millones de dólares. Cuando Xi asumió el poder a finales de 2012, el PIB de China se había multiplicado por más de 24, hasta alcanzar los 8,53 billones de dólares. El año pasado, esa cifra se había más que duplicado, hasta los 18 billones de dólares”.

Mientras en la Rusia postsoviética, el Partido Comunista ruso es estalinista y está conformado por ancianos mayores de 70 años, perdiendo una y otra vez contra Putin, en China se recita como nunca antes a Marx. Las vueltas de la historia: una vez, a Stalin no le quedó otra alternativa que apoyar a Hitler, creyendo ingenuamente que así evitaría la invasión nazi de la URSS. Ahora aquí se produce esta sorprendente alianza: al revés ideológicamente pero igual en términos políticos.

5. BALANCE Y PROYECCIÓN DE LA RELACIÓN

Los cambios en las relaciones internacionales desde el final de la Guerra Fría sólo han acercado a los dos países, en tanto ambos son percibidos por Washington como potencias rivales. Algunos analistas y funcionarios occidentales han especulado (y quizás incluso han esperado) que los conflictos en curso en Siria y Ucrania, en los que Rusia se ha involucrado en gran medida, provocaran tensiones entre Pekín y Moscú, o incluso una ruptura. Sin embargo, eso no ha sucedido.

De hecho, en la medida que China y Rusia han focalizado sus esfuerzos conjuntos en Eurasia y han desarrollado iniciativas muy elaboradas para expandir su influencia y reafirmar su primacía, aparentemente la competencia entre los dos países ha sido desplazada y relegada por una creciente cooperación, y ha dado lugar a que se juegue “la carta cooperativa” para transformar la región en un ámbito de influencia compartida, por lo menos hasta tanto Rusia perciba que China pueda convertirse en una amenaza a sus intereses y ambiciones (Rolland, 2019b, p. 6-7).

Como señala un analista chino, la relación entre China y Rusia ha permanecido libre de interferencias y de impactos, pese a que el ex Presidente Trump ha tratado de impulsar tácticamente “la contención de China con Rusia” o el “alejamiento de Rusia con China” Sin embargo, China no tiene interés en conformar una alianza formal con Rusia, ni en constituir un bloque antioccidental o anti-EEUU de cualquier tipo. Más bien, Beijing espera que China y Rusia puedan mantener su relación de manera tal que proporcione un ambiente seguro para que los dos grandes vecinos logren sus objetivos de desarrollo y se apoyen mutuamente a través de una cooperación beneficiosa para ambos, ofreciendo un modelo sobre cómo pueden gestionar sus diferencias y cooperar en acciones y mecanismos que fortalezcan el sistema internacional (Fu Ying, 2016, p. 96-97).

En este sentido Fu Ying agrega “El orden internacional actual es la piedra angular de la estabilidad global. Pero no es perfecto. En 2005, China y Rusia emitieron una declaración conjunta sobre “el orden internacional en el siglo XXI”, que postuló la necesidad de que el sistema internacional se vuelva más justo, basando su legitimidad en los principios y normas del derecho internacional. La declaración dejó en claro que Beijing y Moscú ven la evolución de sus relaciones – de la desconfianza y la competencia a la asociación y la cooperación – como un modelo de cómo los países pueden manejar sus diferencias y trabajar conjuntamente en áreas de acuerdo de una manera que apoye el orden global y reduzca la posibilidad de que el mundo se sumerja en un conflicto bélico entre potencias” (Fu Ying, 2016, p. 105).

Adicionalmente, pese a la convergencia en torno a la necesidad de mantener a los EEUU alejados de la región y de las fronteras donde se producen focos geopolíticos de tensión – la frontera de Rusia con Ucrania y con Europa Oriental con la potencial amenaza de la OTAN, y el Mar del Sur donde China ve una amenaza a sus intereses por parte de los EEUU y del “QUAD” –, China – en función de su crecimiento y expansión frente a una Rusia reducida en su territorialidad y expansión desde el fin de la época soviética, ve a esta última como un “hermano menor”, percepción que probablemente no sea compartida por la elite

política de Moscú en sus aspiraciones de restaurar a Rusia como una potencia mundial – proceso en el cual, sin embargo y más allá de las suspicacias, la “asociación estratégica integral” con China es fundamental (Serbin, 2019).

Como lo observó un gran geoestratega norteamericano en su momento, una de las condiciones para que los Estados Unidos pudieran conservar su hegemonía mundial consistía en impedir, a toda costa, el surgimiento de un polo competitivo y contencioso en la región de Eurasia. Sin embargo, otro analista ruso da como un hecho el surgimiento de un segundo polo en la Eurasia no-occidental, con el establecimiento de nuevas instituciones, en donde Rusia y China “necesitan formar y servir como el centro de una estructura internacional que pueda neutralizar y, hasta cierto punto, estructurar los efectos negativos de la política de los Estados Unidos, actuando como un estabilizador externo de sus acciones en la arena internacional” (Brzezinski, 1997) (Karaganov, 2018, p. 91).

Para principios de 2016, sin embargo, desde el final de la Guerra Fría, dos puntos de vista principales han tendido a definir las evaluaciones occidentales de la relación chino-rusa y las predicciones de su futuro. La primera opinión sostenía que el vínculo entre Pekín y Moscú era vulnerable, contingente y estaba marcado por incertidumbres como un “matrimonio de conveniencia” – para usar la frase preferida por muchos defensores de este argumento –, quienes consideraban que es poco probable que los dos países desarrollen un vínculo más estrecho del alcanzado y que es muy posible que comiencen a distanciarse a mediano plazo. En esta perspectiva, muchos analistas occidentales descartan que los niveles de cooperación entre ambas naciones avancen en tanto no son más que una fachada que esconde profundos sentimientos de desconfianza y de suspicacia mutuos y en cuyo marco, las contradicciones prevalecen sobre las coincidencias (Serbin, 2019, p. 71) (Fu Ying, 2016: 95) (Rolland, 2019a, p. 1).

El otro punto de vista postulaba que los factores estratégicos e incluso ideológicos forman la base de los lazos chino-rusos y predecía que los dos países – en tanto ambos ven a los Estados Unidos como un posible obstáculo para sus objetivos – eventualmente formarían un alianza antioccidental y antiestadounidense.

En este sentido, la evidencia apunta a una creciente profundización de un condominio entre las dos potencias, particularmente en el marco de Eurasia, bajo una percepción común de una amenaza occidental en los extremos del continente eurasiático: las alianzas de EEUU y su presencia en Asia del Este para China, y la OTAN y el poder normativo de la UE en “Occidente” para Rusia. En la medida que ambas potencias consideran a Eurasia como su “patio trasero” y aspiran a incrementar su influencia en la región, la contención y, eventualmente, la supresión de la amenaza euro-atlántica se vuelve crucial para el crecimiento y la proyección de ambas naciones como potencias (Rolland, 2019a, p. 1).

Ninguna de las dos perspectivas captura, sin embargo, con precisión la verdadera naturaleza de la relación. La relación chino-rusa es una asociación estratégica estable y de ninguna manera se limita a ser un matrimonio de conveniencia: es compleja, sólida y está profundamente arraigada.

Por su parte, China ha comenzado, particularmente en base a la iniciativa del OBOR/BRI, un proceso de creciente proyección y expansión hacia el Oeste en busca del desarrollo de sus territorios occidentales, con el fin de lograr un mayor acceso a los mercados tanto de Asia Central como de Europa, y con el propósito de promover una estrategia de seguridad necesaria para evitar la amenaza terrorista de algunos movimientos fundamentalistas y, en particular, de las reivindicaciones autonomistas de la etnia musulmana uigur, algunos de cuyos miembros se han relacionado con ISIS y han participado en el conflicto en Siria (Ramón-Berjano, 2017).

Sin embargo, junto a las relaciones económicas, que están creciendo significativamente, Rusia y China han tenido éxito en la formación de una estrecha cooperación política. Como resultado de esta cooperación política, Rusia y China buscan actuar como socios “cautelosos” en las negociaciones sobre la resolución de los problemas nucleares de Irán y la República Popular Democrática de Corea (RPDC), así

como de los conflictos del Mar del Sur de China y la crisis de Siria. En este sentido, es interesante subrayar que el presidente ruso Putin – a diferencia del presidente Trump – no ve la BRI como una amenaza para su país; por el contrario, considera explícitamente que las iniciativas de la UEEA y de la BRI deben ser combinadas y son complementarias.

En todo caso, el andamiaje institucional del proyecto de la Gran Eurasia remite a una serie de instituciones básicas: la Unión Económica Eurasiática (UEEA), la iniciativa china del BRI y la Organización de Cooperación de Shanghái (OCS), cuyas articulaciones analizaremos en los capítulos siguientes. A ellas se suman otras iniciativas regionales como la iniciativa de estímulo económico *NurlyZhol* de Kazajistán y la *“Steppe Road”* de Mongolia, entre otras, que contribuyen a un denso entramado de creciente conectividad euroasiática (Serbin, 2019, pp. 77-78).

Quiérase o no, con justificación ideológica necesaria - o no-, aún con diferentes ambiciones, a China y Rusia los une la misma visión del mundo. Mientras no sea unipolar (a cargo del “superpolicía” Estados Unidos), coinciden en esta suerte de “matrimonio por conveniencia”. El vínculo hoy es más fuerte que nunca y se refleja en el afecto que se prodigan en público Xi y Putin. El BRICS es otro gran ejemplo de la confluencia entre ambos. Si tal cercanía durará o no, dependerá del carácter más o menos hegemónico que elija China.

Sin embargo, Moscú no olvida y tampoco tolerará connivencias con Estados Unidos (G2) a sus espaldas. Tiene suficiente poder nuclear y energético que le otorga un *plus* sobre Beijing. Ojalá esa circunstancia de ruptura jamás se produzca por el bien de este mundo y, por el contrario, que el tramo final del discurso de Xi-Jinping en 2023 en la misma Moscú, se haga realidad de manera duradera: “...Así como todo año comienza con la primavera, todo éxito comienza con la acción. Tenemos todos los motivos para creer que China y Rusia, como compañeros de viaje en el camino del desarrollo y el rejuvenecimiento, harán nuevas y mayores contribuciones al progreso humano”.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANTONIO, Alexandre (2023), Las palabras de Xi en Moscú, en *Le Grand Continent*, 22 de marzo de 2023. Recuperado de: <https://legrandcontinent.eu/es/2023/03/22/las-palabras-de-xi-en-moscu/>

ARAPOVA, Ekaterina; LISSOVOLIK, Yaroslav (2021). The BRICS Plus Cooperation in International Organizations: Prospects for Reshaping the Global Agenda. *Asia-Pacific Social Science Review*, La Salle University, Manila, v. 21, n. 4. Disponible en: https://www.dlsu.edu.ph/search_gcse/?q=arapova

BADIE, Bertrand (2016). El tiempo de los humillados. Una filosofía de las relaciones internacionales, Buenos Aires: UNTREF. Bassin, Marc & Gonzalo Pozo (2017). “Introduction”, en Bassin, Marc & Gonzalo Pozo (eds.) *The Politics of Eurasianism. Identity, Popular Culture and Russia’s Foreign policy*, London-New York: Rowman & Littlefield, pp. 1-16.

BEESON, Marc (2009). “Geopolitics and the Making of regions: The Fall and Rise of East Asia”, en *Political Studies*, vol. 57, pp. 498-516.

BEESON, Mark & FUJIAN, Li (2014). *China’s Regional Relations. Evolving Foreign Policy Dynamics*, Boulder: Lynne Rienner.

BEESON, Mark & FUJIAN, Li (2016). “China’s Place in Regional and Global Governance: A New World Comes Into View”, en *Global Policy*, 2016.

BLACKWILL, Robert & CAMPBELL, Kurt (2016). *Xi Jinping on a Global Stage. Chinese Foreign Policy Under a*

Powerful but Exposed Leader, Council Special Report, February 2016, New York: Council of Foreign Relations.

BRZEZINSKI, Zbigniew (1997). *The Grand Chessboard. American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, New York: Penguin Basic Books.

DECTEREV, D.A. y KURYLEV (eds.) (2018). *La política exterior de los países de la CEI*, Moscú: Aspect Press. (Дектерев, Д.А. И Курылев, К.П. (под редакцией) *Внешняя Политика Стран СНГ*, Москва: Аспект Пресс).

ERDOGAN, Üye. Seven (2018). "The interaction of China and Russia within the Shanghai Cooperation Organization", paper presented at the 4th. China and the Middle East Conference, Nevsehir, Turkey, 19-22 June 2018.

KARAGANOV, Serguei (2018). "The new Cold War and the emerging Greater Eurasia", en *Journal of Eurasian Studies*, 9, 2018, pp. 85-93, en www.elsevier.com/locate/euras

KOROLEV, Aleksandr (2016). "Russia's Reorientation to Asia: Causes and Strategic Implications", en *Pacific Affairs*, vol. 89, No. 1 (2016): pp. 53-73, <http://www.ingentaconnect.com/content/paaf/paaf/2016/00000089/00000001/art00003>.

KOROLEV, Aleksandr & PORTYAKOV, Vladimir (2018). "China-Russia Relations in Times of Crisis: A Neoclassical Realist Explanation", *Asian Perspective*, vol. 42, No. 3, July-September 2018, pp. 411-437, <http://journals.riener.com/doi/abs/10.5555/0258-9184-42.3.411?code=lrpi-site>

KYZY, Aruuke Uran ((2019). *The "Great Game": Russia and China in Central Asia*, Discussion Paper, Washington, D.C.: TRT World Research Center.

LISSOVOLIK, Yaroslav (2017). *BRICS-plus: Alternative globalization in the making?* Valdai Papers, 69. Disponible en: <http://valdaiclub.com/files/14927/>

LO, Bobo (2008). *Axis of Convenience. Moscow, Beijing and the New Geopolitics*, London-Washington, D.C: Chatam House/Brookings Institution.

LO, Bobo (2015). *Russia and the New World Order*, London: Royal Institute of International Affairs.

LUKIN, Aleksandr (2018a). "Eurasia – From confrontation to partnership", en *Journal of Eurasian Studies*, 9, 2018, pp. 83-84, <https://doi.org/10.1016/euras.2018.7.003>

LUKIN, Aleksandr (2018b). *China and Russia. The New Rapprochement*, Cambridge: Polity Press.

MCGREGOR (2017). *Asia's Reckoning. China, Japan, and the Fate of US Power in the Pacific Century*, New York: Penguin Random House.

MILOSEVICH-JUARISTI, Mira (2019). *Oso y dragón: el vínculo estratégico entre Rusia y China en el orden internacional post-unipolar*, ARI 1/2019-4/1/2019, Madrid: Real Instituto Elcano.

NEZHNIKOVA, Ekaterina; PAPELNIUK, Oksana & GOROKHOVA, Anna Evgenievna (2018). "China Energy Dialogues: Research of the Most Promising Energy Areas for Interrelation", en *International Journal of Energy Economics and Policy*, vol. 8, Issue 1, 2018, pp. 203-211. Disponible en www.econjournals.com

RAMON-BERJANO, Carola (2017). "Integración de China con Eurasia", Consejo Argentino de Relaciones Internacionales (CARI). 4 de enero de 2017,

<https://www.youtube.com/watch?v=mXxVYW9Opa>, Recuperado el 20 de febrero de 2019.

ROLLAND, Nadège (2019a). "Reports on Belt and Road Death Are Greatly Exaggerated. Don't Underestimate China's Resilience", en *Foreign Affairs*, January 29 2019, <https://www.foreignaffairs.com/print/1123770> Recuperado el 29 de enero de 2019.

ROLLAND, Nadège (2019b). "A China-Russia Condominium over Eurasia", en *Survival: Global Politics and Strategy*, February-March 2019, vol. 61, pp. 7-22, en <https://www.iiss.org/publications/survival/2019/survival-globalpolitics-and-strategy-februarymarch-2019/611-02-rolland> Recuperado el 12 de marzo de 2019.

ROZMAN, Gilbert (2014). *The Sino-Russian Challenge to the World Order*, Stanford: Stanford University Press.

SAKWA, Richard (2017a). "The Age of Eurasia?", en Bassin, Marc & Gonzalko Pozo (eds.) *The Politics of Eurasianism. Identity, Popular Culture and Russia's Foreign policy*, London-New York: Rowman & Littlefield, pp. 201-220.

SAKWA, Richard (2017b). *Russia Against the Rest. The Post-Cold War Crisis of World Order*, Cambridge: Cambridge University Press.

SERBIN, Andrés (2019), *Eurasia y América Latina en un mundo multipolar*, Icaria Editorial, Ediciones CRIES.

SERGUNIN, Aleksandr (2016). *Explaining Russian Foreign Policy Behaviour. Theory and Practice*, Stuttgart: ibidem-Verlag.

STRONSKI, Paul & SOKOLSKY, Richard (2017). *The Return of Global Russia. An Analytical Framework*, Washington, D.C.: Carnegie Endowment for International Peace.

STUENKEL, Oliver (2016). *Post-Western World*, Cambridge: Polity Press.

TAIBO, Carlos (2017). *La Rusia contemporánea y el mundo. Entre la rusofobia y la rusofilia*, Madrid: Los Libros de la Catarata.

TRENIN, Dmitri (2002). *The End of Eurasia. Russia on the Border Between Geopolitics and Globalization*, Washington, D.C.: Carnegie Endowment for International Peace.

TRENIN, Dmitri (2016a). "Russia's Post-Soviet Journey. From Europe to Eurasia", en *Foreign Affairs*, December 25, 2016, <https://www.foreignaffairs.com/print/1119142> Recuperado el 17 de enero de 2019.

TRENIN, Dmitri (2016b). *Should we fear Russia?*, Cambridge: Polity Press.

TSYGANKOV, Andrei (2016). *Russia's Foreign Policy. Change and Continuity in National Identity*, Lanham: Rowman & Littlefield.

YILMAZ, Serafettin & CHANGMING, Liu (2018) "China's 'Belt and Road' Strategy in Eurasia and Euro-Atlanticism", en *Europe-Asia Studies*, 70:2, pp. 252-276, <https://doi.org/10.1080/09668136.2018.1435777> Recuperado el 4 de enero de 2019.

YING, Fu (2016). "How China sees Russia. Beijing and Moscow are Close, but not Allies", en *Foreign Affairs*, vol. 95, No. 1, January-February 2016, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5427183> Recuperado el 17 de febrero de 2019.

ZENG, Jinghan (2019). "Narrating China's belt and road initiative", en Global Policy, March 12 2019, <https://doi.org/doc.10.1111/1758.5899.12662> Recuperado el 20 de marzo de 2019.